

TEXTO

De niño vi nacer la televisión en el comedor de casa de mis padres y fue uno de los fenómenos más fascinantes y adictivos de mi adolescencia. Quizá aún estaré a tiempo de presenciar su muerte, al menos su agonía, si se confirma la creciente tendencia entre los jóvenes a abandonar esta pantalla en favor de la de internet, más variada y modulable.

Lo comprendo, dada la frecuente inconsistencia de la oferta televisiva. La proliferación de canales públicos o privados no ha favorecido la amenidad ni la calidad de los contenidos, más bien al contrario. [...] La información puede ser desmenuzada y comercializada para ser consumida rápidamente; el saber, no. Informarse es recibir datos; saber es entenderlos cada cual. Ha quedado enquistada la instantaneidad, un consumismo acelerado de usar y tirar simples titulares, en lugar de asimilar lo importante de cada información en términos individuales o colectivos. La noción de reflexión se ha visto recubierta por un barniz de aburrimiento; la lentitud se ha visto ridiculizada.

La televisión no es intrínsecamente perversa, es fácilmente perversa. El matiz no resulta menor. La enorme distancia entre una cosa y otra es lo que establece el grado de civilización de cada sociedad, el equilibrio de cada momento entre la presión de los negocios y el interés colectivo que tienen que defender los representantes que han sido elegidos para hacerlo.

Esa novedad que vi nacer en los domicilios particulares se convirtió en el punto focal más absorbente de estos hogares, sin dejar de ejercer la misma fascinación y adicción. Y, en poco tiempo, ha generado negocios fabulosos y déficits públicos similares.

XAVIER FEBRÉS, “Muerte de la tele”, *El Periódico de Catalunya*